

A romantic couple in formal attire embracing in front of a city skyline at night. The woman has blonde hair and is wearing a black dress with a gold necklace. The man is wearing a dark suit and a white shirt with a dark tie. The background shows a city skyline with illuminated skyscrapers and a body of water reflecting the lights.

HQN™

Lo Mejor de Mí
Claudia Cardozo



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 Claudia Fiorella Cardozo
© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins
Ibérica, S.A.
Lo mejor de mí, n.º 144 - enero 2017

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Fotolia.

Lo mejor de mí dition)

Claudia Cardozo,

I.S.B.N.: 978-84-687-9367-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo
Si te ha gustado este libro...

Prólogo

Los Ángeles, Estados Unidos

—Si al menos pudieras quedarte quieta durante cinco minutos...

Helen Pryce levantó la mirada de sus apuntes y sonrió al ver su imagen reflejada en el espejo. Bueno, en realidad lo que le provocó esa sonrisa fue el rostro de su mejor amiga, Prue, que no intentaba disimular su frustración al grado de llevar una mano a su cabello oscuro para mesárselo con desespero al tiempo que le dirigía una mirada asesina a través del espejo.

—Tengo que estudiar —la respuesta de Helen fue sencilla y al parecer inofensiva, pero Prue la conocía lo suficiente para detectar un leve tono burlón en su voz.

—¿Ahora? ¿Precisamente cuando necesito que estés inmóvil para no hacer un desastre de... todo?

Helen volvió a levantar la mirada, esta vez para observarse con detenimiento, y no pudo evitar una sonrisa satisfecha al comprobar que se veía tal y como esperaba: fantástica. Y no es que fuera una mujer vanidosa, o no más de lo que en su opinión debían de serlo todas, sino que simplemente la talentosa Prue había obrado su magia una vez más y podría hacer su trabajo esa noche sin sentirse opacada por las impresionantes mujeres a las que tendría que entrevistar. Una tras otra. Y para no hacer el ridículo en cadena nacional, sí, también necesitaba estudiar, de modo que ignoró una vez más a su amiga y volvió su atención a las anotaciones que había organizado durante las últimas semanas.

—Vamos, Helen, usa uno de esos aparatos en los que encuentras toda la información que necesites; le llaman tec-

nología —Prue suspiró, resignada, y dio unos pasos hacia atrás—. De acuerdo, eso es todo, puedes verte ahora.

Helen dejó el legajo sobre una silla y se puso de pie para observarse con mucha atención y con ojo crítico en el espejo del tocador que Prue reverenciaba como a un altar, solo que en lugar de efigies religiosas lo ocupaban todos los productos de belleza que una mujer pudiera desear. Al menos una que tuviera la destreza y paciencia para saber qué hacer con ellos. Helen no era una de ellas, pero por fortuna Prue sí que contaba con esas virtudes.

—No está mal —dijo, sonriendo una vez más al encontrarse con la ofendida mirada de su amiga.

—Vaya, gracias, es bueno saber que mi trabajo es valorado —Prue esbozó una sonrisa falta de alegría—. Después de todo, soy solo una estilista...

—Cariño, no eres solo una estilista, eres la reina de las estilistas, quienes, por cierto, son verdaderas artistas —Helen hizo un guiño travieso y señaló su rostro—. ¡Solo mira lo que has hecho conmigo! Miguel Ángel no habría sido capaz de obrar este milagro.

—Y como él, tenía un buen lienzo en el que trabajar.

—¡Oh! ¡Eso es tan dulce! No digas cosas como esas cuando acabas de maquillarme, por favor, sabes que lloro con facilidad.

Prue esbozó una sonrisa un poco burlona.

—Nadie lo diría al verte —comentó.

Helen elevó una ceja y fingió sentirse ofendida.

—¿Insinúas que doy la impresión de ser insensible? —preguntó.

Prue se encogió de hombros sin parecer impresionada por su actuación.

—No exactamente, pero sí mucho más dura de lo que en realidad eres —replicó ella.

Algo cambió en el rostro de Helen al oírla. La mueca burlona fue reemplazada por una pequeña sonrisa que tenía mucho de tristeza, pero el efecto desapareció casi de inmediato, por lo que Prue no pareció notarlo.

—¿Dura? ¿En serio? En ese caso estoy haciendo un buen trabajo —comentó Helen tras encogerse de hombros en un ademán descuidado.

Sin esperar respuesta, dio unos pasos hacia atrás y se estudió nuevamente en el espejo, esta vez con mayor atención, mientras su amiga se ubicaba a un lado, observándola a su vez con ilusión.

Helen sabía que era bonita, mucho. Lo supo casi desde que nació. Una madre obsesionada con la belleza exterior por lo general provocaba ese pronto entendimiento en los niños. Por suerte, Helen no heredó ese rasgo de su carácter, de modo que podía ser objetiva consigo misma sin que ello le llevara a darle más importancia de la que en verdad tenía. Al final, en su opinión, un buen exterior podía ser tremendamente útil, en especial en su profesión, pero su encanto se esfumaba si el portador resultaba ser tan tonto y frívolo por dentro como un cascarón vacío. Helen no era ni lo uno ni lo otro, así que se miró en profundidad, procurando encontrar cualquier detalle que pudiera dar la impresión de lo contrario.

Su cabello rubio, sujeto en un sencillo recogido a altura de la nuca con un broche que debía de costar lo que ganaba en un año, permitía apreciar sus delicadas facciones y sus casi siempre chispeantes ojos azules le conferían un aire travieso. El maquillaje aplicado por Prue era perfecto para realzar sus rasgos, usado con pericia y estilo, apenas daba la impresión de estar allí. Una muestra más de la genialidad de su amiga.

—Me encanta el vestido, es el más bonito que he visto. ¿Segura de que no puedes quedártelo?

Helen recibió las palabras de Prue con un filosófico encogimiento de hombros.

—No, no lo creo, ya sabes cómo es esto. Tengo suerte de poder usarlo al menos una vez, jamás podría pagarlo.

Su amiga suspiró.

—Supongo que es una buena forma de verlo —dijo, no muy convencida.

Helen asintió y pasó una mano con reverencia por el frente del vestido, una creación en seda y encaje del color del mar en calma que caía como una cascada alrededor de sus piernas, cubriendo incluso los delicados zapatos a juego que no planeaba llevar por mucho tiempo.

—Es como ser una Cenicienta, ¿sabes? Al menos eso creo —explicó, sonriendo a su amiga—. Solo que yo lo hago con bastante frecuencia.

Fue el turno de Prue de encogerse de hombros, divertida por la comparación.

—Eso me convierte en tu hada madrina —comentó, sonriendo—. Me gusta la idea.

—Supongo que así es. Por cierto que siempre he pensado que las hadas madrinas son las que más se divierten en los cuentos —le guiñó un ojo y tomó el bolso que habían enviado para ella junto con el vestido, una delicada creación de cuentas y pequeños brillantes—. Lamentablemente para mí, no tengo una calabaza como transporte ni ratones convertidos en cocheros.

Prue ahogó una carcajada.

—Seguro que una unidad móvil y un chofer malgeniado podrán servir.

Helen ahogó un suspiro.

—Sí, bueno, no todo puede ser glamour —reconoció de mala gana—. Me voy ahora o no tendré un buen lugar. Déseame suerte.

Prue hizo amago de abrazarla, pero se contuvo e hizo un gesto curioso con las manos a la altura de su cabeza.

—¿Qué se supone que fue eso? —preguntó Helen, intrigada.

—Es solo que no quiero arruinar tu vestido con un abrazo. Tómalo como... un poco de magia.

—De acuerdo, gracias. Dios sabe que la necesitaré.

Prue sonrió y vio partir a su amiga con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Dudaba mucho de que Helen tuviera una historia propia de un cuento, no iba con su carácter, no con ese del que acostumbraba a alardear, pero ¿quién sa-

bía lo que el destino le deparaba? Quizá se llevara una sorpresa.

Capítulo 1

“Lo más grande que te puede ocurrir es que ames y seas correspondido”
(Moulin Rouge)

—Buenas noches a todos, estamos en vivo desde la alfombra roja de los premios más esperados de la temporada y les tengo preparada una tarde extraordinaria. Sus actores favoritos desfilarán con sus mejores galas y ustedes podrán saber lo que esperan de la premiación y todo lo que logre averiguar acerca de sus nuevos proyectos. Continúen en la señal, saben que pueden seguirnos también a través de las redes sociales. Volveremos en un minuto para dar inicio a esta cobertura especial. Soy Helen Pryce y les prometo que esta será una tarde inolvidable.

Helen mantuvo la sonrisa incluso cuando el camarógrafo le avisó con una señal de que estaban fuera del aire y dio una mirada alrededor con ojo experto.

El ambiente propio de una alfombra roja como aquella le hacía burbujear la sangre. Había quienes lo encontrarían un poco intimidante, seguro, toda esa gente dando vueltas, ese caótico orden propio de un evento tan importante en que se procuraba tener todo pautado al detalle, y aun así conservar cierto aire informal que hiciera creer al público en una naturalidad que pocas veces era real. A ella le encantaba ese mundo de oropel que era montado y desmontado frente a sus ojos; tenía un poco de magia que no estaba reñida con la realidad. Tal y como Helen veía el mundo.

Los invitados empezaban a llegar, podía verlo desde su posición privilegiada a solo unos metros de la entrada del teatro en que se llevaría a cabo la ceremonia. Una vez que los asistentes cruzaran esa puerta, estarían fuera de su vista,

pero aún faltaban un par de horas para aquello, por lo que tenía que aprovechar cada minuto. Las limusinas estacionadas a escasa distancia del inicio de esa larga alfombra por la que empezaría a desfilar los invitados y el grupo de agentes y encargados de relaciones públicas que iban de un lado a otro simulando un enjambre de abejas eran el aviso de que todo estaba por empezar.

Helen era solo una de las decenas de periodistas acreditadas para cubrir el evento; su cadena había enviado también un par de camarógrafos además del que le acompañaba en esa ocasión, el buen Richard Carter, en su opinión el mejor y el más agradable; le gustaba trabajar con él y se entendían a la perfección. Mientras ella se encargaba de las entrevistas en vivo, sus colegas procurarían grabar todo lo ocurrido durante el evento para luego presentarlo en los noticieros de la noche y el programa que trataba al detalle la vida de los famosos, que se emitía los domingos. Incluso ellos, que no estaban frente a la cámara, iban muy bien vestidos; nadie quería desentonar en la gala.

Tras saludar a un par de colegas de cadenas de la competencia, pero con quienes tenía muy buena relación, Helen se preparó para hacer su trabajo. Permanecer inmóvil en espera de que los asistentes a la gala pasaran por su lugar le parecía una tontería, prefería ser ella quien se acercara. Le gustaba tener pautadas algunas entrevistas con tiempo, y para eso tenía que moverse. Conversó con un par de agentes, hizo unas discretas averiguaciones y se mantuvo informada de la identidad de quienes iban llegando gracias a su contacto entre los encargados de señalar los estacionamientos de las limusinas. Una vez que tuvo todo eso preparado, hizo un discreto gesto a Richard, que estaba siempre atento a sus indicaciones, y ensanchó la sonrisa. Para ellos, la fiesta acababa de empezar.

Poco más de una hora después, a Helen le dolía la mandíbula y hubiera dado cualquier cosa por poder sentarse durante cinco minutos, pero si dejaba eso de lado, la ver-

dad era que todo marchaba estupendo. Acababa de terminar una entrevista con una famosa actriz que hacía su regreso triunfal a las grabaciones después de un autoimpuesto retiro de un par de años y había conseguido que confirmara el nombre de la joven actriz que haría el papel de coprotagonista, un dato por el que cualquiera de sus colegas mataría. Y Helen también. Su jefe estaría feliz.

Sin dar la más mínima muestra de cansancio, leyó con discreción los nombres que sus contactos le hacían llegar al móvil en breves mensajes de texto y sus ojos se entrecerraron al encontrarse con el que llevaba esperando casi desde su llegada. Hizo un gesto a Richard para que se mantuviera en su puesto y se abrió paso entre las filas de personas que intentaban avanzar en dirección a la entrada al teatro.

Sonrió al reconocer a Aaron Markham a solo unos metros de distancia. El actor británico del momento. Y eso no era poco considerando la cantidad de sus compatriotas que estaban dando el gran salto al mercado estadounidense. Pero era justo decir que Aaron iba un paso más allá en cuanto a talento y profesionalidad, de allí que su presencia generara tanta expectativa entre los periodistas. Y unos cuantos gritos de los fanáticos que se agolpaban en la zona reservada para el público, como Helen comprobó para desespero de sus oídos. En su defensa se dijo que, tal vez, si ella no estuviera acostumbrada a tratar con actores como él y tuviera diez años menos, también gritaría de emoción al verlo. Solo un poco.

Aaron era realmente llamativo, pero no se trataba solo de su físico. Helen estaba un poco harta de ver tantos rostros atractivos apareciendo todo el tiempo en el panorama actoral. Bastante alto, con cabello rubio cenizo muy corto y pulcro y con sus facciones clásicas, lo tenía todo para hacer suspirar a cualquier mujer, pero era en realidad su aire afable y al mismo tiempo distante lo que Helen encontraba más atractivo.

Así había sido desde que irrumpió en la escena estadounidense gracias a una película independiente de su país que se había convertido en un éxito de taquilla y que fue

muy bien recibida por la crítica. Desde entonces le habían llovido contratos, pero él parecía tan cauto para elegir sus papeles como se mostraba frente a la prensa. Aunque trataba a todos los que se le acercaban con mucha amabilidad y poseía una destreza admirable para conectar con las personas, era obvio que mantenía una reserva muy difícil de derribar. Helen lo había intentado y odiaba reconocerlo, pero había fracasado más de una vez; igual que muchos de sus colegas, lo que era un magro consuelo.

Había perdido la cuenta de las veces que se las había arreglado para entrevistarle en otros eventos como aquel, algunos estrenos, e incluso cuando se lo topó tras bambalinas en el concierto de una famosa banda. Siempre atento y muy cortés, había respondido sus breves preguntas con soltura, pero sin que Helen lograra profundizar como le hubiera gustado. El hecho de haber conseguido solo unos minutos con él no ayudaba a que lo llevara mejor; era una espina clavada en su costado y estaba convencida de que de contar con más tiempo podría conseguir algo. Pero también sabía que no iba a lograr nada con presionar. Aaron Markham parecía el tipo de persona que se encerraba más en sí mismo frente a esa actitud, lo había visto en las entrevistas realizadas por otros de sus colegas cuando insistían demasiado en puntos que él no deseaba tratar. Sus ojos azules, por lo general cálidos, mutaban por completo, y un brillo que le recordaba a un tímpano ocupaba su lugar y no había forma de que se abriera nuevamente. Helen no podía culparlo por eso, respetaba a los actores que protegían su intimidad y procuraba ser muy respetuosa con el tema, creía que eso diferenciaba a un buen periodista de uno que se comportaba como un carroñero, pero eso no quería decir que no estuviera dispuesta a ir un poco más allá en busca de respuestas. Al final se trataba tan solo de encontrar un balance.

Esa tarde Aaron llevaba un traje negro impecable, lo que no le sorprendió, porque siempre vestía muy bien y, aún mejor, sabía lucir la ropa con naturalidad. Helen sospechaba que debía de verse elegante incluso en pijama, una ima-

gen que le arrancó una sonrisa y sirvió también para que dejara a un lado sus pensamientos y se concentrara en el presente.

En lugar de acercarse a él, como hacían muchos otros, enrumbó sus pasos a una figura solitaria que se mantenía a unos pasos de distancia del tumulto, pero que no perdía un solo detalle de lo que ocurría frente a sus ojos.

Peter Collins era considerado uno de los agentes más respetados y ambiciosos de Los Ángeles, y ostentar semejante reputación en un lugar como aquel no era poco. De corta estatura, con piel muy blanca y una brillante cabeza sin un solo cabello, podía pasar desapercibido para quien no supiera de quién se trataba, lo que según le había confesado a Helen alguna vez en un inusual raptó de sinceridad, era una ventaja en su profesión. Al verla acercarse, esbozó una gran sonrisa que llegó también a sus ojos y le hizo un gesto en señal de saludo.

—Señorita Pryce, te ves bien hoy, ¿cómo es que no está todo el mundo fotografiándote? —le dijo una vez que ella llegó a su lado.

Helen sonrió, divertida y nada impresionada por el halago. Peter siempre tenía una lisonja en la punta de la lengua, pero jamás le había hecho una sola proposición de mal gusto. Era bien sabido que adoraba a su esposa, una preciosa exmodelo, y que era el orgulloso padre de tres niños tan agradecidos como su madre.

—No lo sé, supongo que tienen cosas más importantes que hacer —dijo ella, fingiendo un suspiro resignado—. Te ves muy elegante, ¿traje nuevo?

—¿Te gusta? —se vio las mangas de la chaqueta y sacudió una inexistente pelusa de una de ellas—. Lo escogió Kathy.

—La buena fortuna de contar con una mujer con buen gusto —comentó Helen, sonriendo al detectar el tono amoroso en la voz de ese hombre por lo general tan práctico al mencionar a su esposa— ¿Cómo está ella?

—Bastante bien, prefirió quedarse en casa con los chicos y trabajando, está por publicar un libro de ejercicios, tal vez

oíste algo... —Peter se cortó al notar la familiaridad con la que le hablaba. Helen por lo general tenía ese efecto en las personas, inspiraba una confianza inmediata, y a Peter no le hacía mucha gracia, por lo que fue un poco más parco al continuar—. Pero no has cruzado ese mar de gente para preguntar por mi familia. ¿Qué es lo que quieres?

Helen sacudió la cabeza de un lado a otro, sin sentirse ofendida por el cambio en su actitud. Estaba acostumbrada a tratar con un Peter receloso.

—Necesito cinco minutos con Aaron —dijo, como si fuera un pedido muy común.

Peter entrecerró los ojos y Helen casi pudo ver cómo funcionaban los engranajes de su mente. Jamás se negaría, claro, no en un evento como aquel, y menos tratándose de ella, pero el negociar estaba en su ADN.

—Tres —replicó al fin él.

—¡Vamos! ¿Qué le voy a preguntar en tres minutos?

—Eres una excelente periodista, seguro que se te ocurrirá algo —Peter le guiñó un ojo—. Pero nada de menciones a sus próximos proyectos y su relación con Ivana Petrelli.

Helen abrió mucho los ojos y reprimió una maldición. Era precisamente lo que deseaba preguntar. Todo el mundo quería saber cuál sería su próxima película e, incluso más, qué había pasado con esa modelo con quien había estado saliendo los últimos tres meses, pero con quien al parecer acababa de terminar.

—Estás bromeando, ¿no? —dijo ella sin disimular su fastidio.

—Esto es una alfombra roja, no vas a incomodarlo con esas cosas.

—No puedo creer que Aaron esté de acuerdo con eso.

—¿Crees que lo conoces mejor que yo? —Peter suspiró y elevó los ojos al cielo para continuar con un tono más persuasivo—. Mira, sé amable, esta es una noche especial para él.

—Lo sé, también lo es para mí... —Helen pensó a toda velocidad y le dirigió una mirada calculadora al dar con algo que podría servir. Su voz se hizo más dulce entonces.